

Mavi Casals (Valencia de Alcántara (Cáceres), 1948) pasó su infancia en Higuera la Real (Badajoz). Estudió Farmacia en la Universidad de Granada y vive en Sevilla.

La literatura ha sido su afición favorita durante toda su vida, aunque solo se ha animado a escribir en los últimos años. Entre sus publicaciones, todas en edición de autor, figuran compilaciones temáticas de relatos: Con el pueblo al fondo; Relatos de las cuatro estaciones y recuerdos intimistas en La memoria de los sentidos. Pertenece a la Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y las Artes (AEFLA) en cuya revista Pliegos de Rebotica publicó su relato más personal: *Fabiana*.

Mavi Casals

Valencia de Alcántara, Cáceres, 1948

Primer Accésit

GAUDEAMUS IGITUR

Cuando aquel otoño Conrado se matriculó en la facultad de Medicina hizo lo mismo que hacían todos los alumnos de primer curso, buscar una calavera para estudiar anatomía sobre seguro. Fue de esta manera como el destino dispuso que yo me cruzase en su vida. Cuando el joven moreno llegó al cementerio, yo me encontraba junto a dos fémures y un cráneo más pequeño, en el saco de arpillera de un sepulturero cojitranco, y cuando el viejo me extrajo con su mano huesuda y me puso ante sus ojos, creo que mis grandes cuencas le cautivaron y quedó encantado con mi bonita sonrisa, pues aceptó sin regatear el precio y me cambió por unos billetes. El cojo me entregó a mi nuevo dueño envuelta en unas hojas arrugadas de periódico y de camino a mi nuevo hogar, me entretuve leyendo aquel 'Ideal' de algún día de octubre de 1960.

Mi comprador se mostró muy escrupuloso. Tiró los periódicos que me envolvían y enseguida procedió a mi limpieza con agua y detergente. Me frotó por dentro y por fuera con un cepillo de cerdas metálicas hasta que no quedaron restos. Me colocó en una olla con agua en la que puso unos

puñados de ceniza donde herví durante horas. Después añadió una botella de agua oxigenada y estuve cociendo unas cuantas horas más. Finalmente me puso bajo el grifo de agua fría y a continuación dejó que me secara en el balcón al sol del otoño hasta que quedé primorosamente limpia y blanqueada. Luego me dio barniz con un pincelito. ¡Qué calva y brillante quedé!

Ceremoniosamente me asignó un lugar preferente en su mesa de estudio. Me bautizó con el nombre de Rodolfa porque dijo que me parecía a una puta que había en su pueblo. ¡Yo que entré en el convento con 15 años y jamás conocí varón!

No le sirvieron demasiado tantos preparativos estudiantiles. Ese curso no aprobó ninguno de los parciales de Anatomía, por más que se pasara las noches mirando ensimismado mi frontal. Confieso que a mí aquello me gustaba enormemente, el que se pasara horas mirándome, digo. Me sacaba brillo cada mañana acariciándome suavemente con una gamuza. Mi pulcritud contrastaba con el resto de su habitación en la que había una mezcla polvorienta de libros y discos en una estantería de madera. Aunque había un armario, la ropa, negra en su mayoría descansaba en informe montón en una silla. En la otra esquina se apoyaba la guitarra y en la pared pegado con cuatro chinchetas, un poster algo carcomido de 'el hombre de Vitrubio'. Una colcha de parches de colores cubría la cama de cuerpo y medio en la que a veces dormía con alguna mujer, aunque no tenía novia fija. Yo soy un alma libre, decía, no me puedo atar a una mujer ni a una carrera, no quiero encadenarme a nada ni a nadie. La primera noche que llevé a una joven, la curiosidad que sentí y la novedad de la situación, hicieron que no me importase. Pero mi dueño no le hacía ascos a ninguna y cada noche venía con una distinta. Yo noté que me molestaban cada vez más sus encuentros amorosos. Los abrazos y jadeos hacían que me encendiera de indignación. Una noche escuché como la chica le decía jocosamente a un Conrado somnoliento que yo, su huesuda novia, debía de estar celosa pues brillaba roja como una brasa. No digas tonterías, se rio él, y reanudaron su abrazo. Esto me dejó muy triste y desconcertada.

Sólo me sentía feliz cuando se iban por la mañana y al fin Conrado y yo nos quedábamos a solas, más tarde me llevaba con él a las clases en la Facultad.

Me gustaban especialmente las de Anatomía que impartía Don Miguel, un profesor especialmente dotado para la enseñanza. Para mí fue memorable la ocasión en que me utilizó para mostrar a la clase las eminencias y protuberancias de mi bóveda craneana.

Cuando terminaban las clases, me paseaba en brazos de Conrado por la Biblioteca o por el bar de la Facultad, y después casi siempre pasábamos la tarde en 'El Ahorcado Feliz' el bar más popular de los alrededores. Formábamos una extraña pareja: el joven moreno de lacia melena y gafas redondas, Conrado, y la calavera, yo, encantada con mi nueva vida, pues no se parecía en nada a la del convento.

'El Ahorcado Feliz' era un lugar de contrastes como su nombre sugería; el dueño nos tenía simpatía a los dos porque formábamos parte de la decoración del bar. Lo frecuentaban futuros médicos, las estudiantes de una residencia de monjas, y los de un colegio mayor cercano. Había una máquina de discos que funcionaba con monedas. Aquellas canciones me desconcertaron al principio, pues mi mundo musical en el convento se había reducido a música religiosa, el Veni Creator Spiritus, Salve Regina, Tantum ergo sacramentum... y poco más. Sin embargo enseguida me enamoré de Strangers in the night, Black is black y en especial de Hello darkness my old friend... , una canción que me hacía recordar oscuridades antiguas. Algunas noches cuando Conrado estaba de humor cantaba acompañándose de la guitarra y eso me gustaba más aún que escuchar los discos de la máquina. Pero la mayoría de las veces pasábamos las tardes en la mesa de la ventana, mientras él escribía en un cuadernillo de tapas de plástico negro con letra menuda y apretada. Hablaba poco y escribía mucho. Decía que las palabras que habitan el papel son infinitamente más valiosas que las que nadan por el aire, aunque en alguna ocasión les ponía música y las echaba a volar desde el pequeño escenario del fondo. Se comentaba que mi dueño era un gran cantautor y yo me quedaba embelesada mirando atentamente desde mi sitio, observándolo y esperando paciente, para sentir una intensa alegría cuando regresaba a la mesa y me dedicaba una sonrisa. 'El Ahorcado' cerraba tarde, la mayoría de las noches poco antes de amanecer y sólo entonces abandonábamos el bar. Me ponía bajo su brazo y emprendíamos el camino hacia su casa. A veces los amigos de su clase, Lucas y otros, se sentaban a nuestra mesa, tomaban cerveza y todos bebían y se ponían muy alegres. Yo contemplaba aquel líquido dorado y transparente con finas burbujitas que subían

hasta la espuma blanca que coronaba el vaso y sentía grandes ganas de probarla, pero tenía que contentarme con mirar con mis ojos vacíos y todos mis dientes en eterna risa. No podía hacer otra cosa. La Rodolfa tiene sed ¡que beba ella también!, decían sus amigos cuando estaban achispados. En esas ocasiones la esperanza de poder participar con ellos y ser una más de su grupo, me excitaba tanto que me ponía a brillar con una luz anaranjada. Pero Conrado me tomaba en sus manos y me apartaba delicadamente colocándome en el poyete de la ventana y truncando mis ilusiones. ¡Quizá si algún día se despistara yo podría beber el líquido dorado!

El tiempo pasaba en feliz monotonía, un día detrás de otro. Conrado y yo estábamos cada vez más unidos. Las compañías femeninas se hicieron más esporádicas y llegó un momento en que desaparecieron por completo. Fue aquel el tiempo en el que me contemplaba durante toda la noche. Miraba fijamente mi frontal, acariciaba cada uno de mis limpios dientes, posaba con sutileza sus largos dedos sobre mis huesos temporales, me alzaba con delicadeza hasta su boca y depositaba un beso largo en mi frente. Yo me estremecía de placer.

Y de pronto un día, todo aquello se quebró. Recuerdo con claridad cómo Nuria, una morena delgadita de sonrisa ancha que estudiaba tercero de farmacia, entró en nuestra vida y se instaló entre nosotros como una espina de rosal de esas que se te clavan en un dedo y no sale en mucho tiempo. Aún no logro comprender qué fue lo que le cautivó de ella, pues yo la superaba ampliamente en delgadez y en cuanto a sonrisa no digamos. Pero ¿quién es capaz de entender a los hombres?

¿Vienes conmigo?, le preguntó mi dueño y señor cuando terminó su actuación la noche que marcó el comienzo del final. Ella asintió, se colgó de su cintura y ya no se separaron aquella noche. A mí no me preguntaron, ninguno de los dos se preocupó por mis sentimientos y naturalmente ninguno de los dos se percató del brillo rojo cereza que escapaba de mis cuencas.

Empezó entonces una época muy triste en la que Conrado ya no pasaba las noches mirándome, ni besaba mi frente, ni acariciaba mis dientes... El invierno había llegado para mí en plena primavera y ahora mis días y mis noches se sucedían en amarguras interminables mientras yo me consumía de dolor. Pensé incluso que había vuelto al tiempo de soledad anterior al saco de arpillera. En ocasiones, Conrado llegó a olvidarme en la mesa del bar. Esas noches yo hubiera dado la vida por

poder emborracharme bebiendo una cerveza tras otra como hacían los solitarios de ‘El Ahorcado’.

Con la entrada de Nuria en nuestras vidas, Conrado desvió su atención hacia ella y en el bar, me colocaba descuidadamente en un extremo de la mesa sin hacerme caso, con lo que yo quedaba a merced de los manejos de sus amigos.

La cerveza fue la llave que me liberó de aquella cárcel de angustia. Una de esas noches de olvido, ‘El Ahorcado’ estaba lleno, con aires de fiesta de final de curso. Todos celebraban los aprobados, las vacaciones, y yo era la única que desentonaba con un ánimo tristón. El aire cálido de la noche entraba por las ventanas abiertas del bar en un intento inútil de refrescar el ambiente, denso por el humo del tabaco y el sudor de los cuerpos. Se hablaba alto y con alegría, se entrechocaban vasos y jarras en brindis continuos, se cantaba y se bailaba. Aquellos sentimientos festivos me provocaban una mezcla de envidia y abatimiento.

Conrado tomó su guitarra y se dirigió al escenario, dejándome en la mesa con Nuria y sus amigos.

¡Ahora que se ha ido tu dueño te voy a invitar a beber, Rodolfo!, dijo Lucas festivo. Conrado se va a enfadar, ironizó Nuria, sin embargo me empujó con rapidez hacia él a través de la mesa. Yo me animé súbitamente. Mi noche había dado un vuelco. ¡Al fin iba a probar la cerveza! Lucas me dio la vuelta con brusquedad y me mareé un poco. Después vació en la concavidad de mi cráneo casi una jarra de cerveza, mientras recitaba como si fuese una consagración: bebe querida, que esta es mi sangre.

Intentaré explicar cómo fue aquello: al entrar en contacto con el líquido frío, sus burbujas me atravesaron convertidas en lenguas de fuego y sentí como todo mi ser se volvía transparente. Yo no sabía entonces, que me estaba transformando en carbono puro cristalizado ¡en una calavera diamantina! En la noche mágica de san Juan me convertí en un medio de transporte del saber universal, pero yo estaba demasiado borracha para darme cuenta.

¿Por qué no bebes tú de ella ahora, Lucas?, insinuó Nuria sibilina. Y después lo haremos todos, añadió. Él asintió con una carcajada, se volvió de espaldas al escenario y me alzó para llevarme a sus labios, como si de un cáliz se tratase.

Desde el escenario, Conrado se dio cuenta del revuelo organizado alrededor de nuestra mesa. Dejó de cantar, tiró la guitarra y salvó la distancia y la bulla en dos zancadas, llegando a la mesa justo a tiempo de arrebatarme de las manos de Lucas, cuando sus labios casi me rozaban.

¡A ella sólo la toco yo! ¿Te estás enterando imbécil?, dijo encolerizado y furioso empujándolo violentamente.

No sé por qué se enfada de esa forma. Sólo es una vulgar calavera, dijo Nuria despectiva con una sonrisa torcida, y seguro que carcomida por los celos viendo el mimo con que me trataba Conrado.

Para mí, habían desaparecido, Nuria, Lucas, y el mundo entero. En las manos de mi amor, mis nuevas entrañas de diamante sintieron un estremecimiento turbador cuando entré en contacto con sus dedos tranquilos y suaves. Mis cuencas irradiaban un brillo dorado que inundó el bar. De repente, todo volvía a ser entre nosotros como antes...

Fue Conrado quien posó sus labios sobre mí para beber de mis entrañas. Ambos nos fundimos en un éxtasis en el que yo le transmití todo el conocimiento universal y él me transmitió la vida. De reojo miré hacia Nuria, estaba roja candela. Nunca volvimos a verla.